

## VIEJAS COSTUMBRES CUBANAS

Por el Arq. LUIS BAY SEVILLA

### LA BARRIADA DEL CERRO

#### *Calzada del Cerro 522*

EN la Calzada del Cerro No. 522 antiguo, entre las calles de La Rosa y Lombillo, existe una gran casona que construyera el Conde Lombillo para su residencia veraniega, viviéndola muy poco tiempo, pues el Conde poseía otra gran residencia en la Calzada de la Infanta esquina a la calle de Estévez, que parecía agradaba más a su familia.

Al abandonar ellos esta casa, la ocuparon los Marqueses de Argudín. Ella, que era una dama muy rica y bastante entrada en años, se encontraba ligada por lazos de sangre con varias familias de la nobleza cubana. El era mucho más joven que ella y no ostentaba título de nobleza. Personas que los conocieron y trataron, nos cuentan que cuando residían en esta casa, se les veía diariamente sentados en el portal durante las primeras horas de la noche, y como era costumbre de las familias del Cerro en aquellos lejanos días, encender los faroles de gas que alumbraban sus portales, se apreciaba perfectamente, desde la calle, la silueta de la Marquesa que era una mujer sobre lo gruesa y físicamente marchitada por los años.

Al fallecer ella, víctima de una rápida enfermedad, el Marqués, que pasaba ya de los cincuenta años, quedó heredero de todos sus bienes, permaneciendo algún tiempo en estado de viudez, y contrayendo matrimonio con una joven de extraordinaria belleza, que por su juventud parecía su hija, la señorita Amparo Arana, primogénita del propietario de aquel popular *Restaurant Arana*, que existió en el Vedado, en la calle Calzada junto al río Almendares, en la misma casa que pertenece en la actualidad al doctor

Carlos Miguel de Céspedes, *restaurant*, que fué famoso entre los habaneros de la época, por los sabrosos platos de arroz con pollo que allí se servían.

Abandonada la casa por el Marqués de Argudín, la ocupó por algún tiempo por los años 1881 al 82, el señor José de Armas y Céspedes, en compañía de su esposa la señora Fermina de Cárdenas y Jiménez de Benjumea y de sus hijos que fueron los siguientes:

José, famoso escritor y polemista, que popularizó el pseudónimo *Justo de Lara* y que estaba casado con la señorita Avelina Arnao, hija del patriota cubano Juan Arnao.

María, de extraordinaria belleza, que contrajo matrimonio con su primo hermano Ramón de Armas y Hernández.

Y Susini, el más joven de los hijos, que contrajo matrimonio con la señorita Bienvenida Grau y Agramonte.

Después de la familia de Don José de Armas, ocupó aquella gran residencia el Licenciado Gonzalo Jorrín y Bramosio, Caballero de la Orden de Isabel la Católica, casado con la señora Julia Moliner y Alfonso, quienes tuvieron en su matrimonio los siguientes hijos: María, María Julia, Alberto, Miguel y Gonzalo.

María, la mayor de todos los hijos, contrajo matrimonio con el Sr. Gabriel Forcade, de cuya unión nacieron Gabriel, que murió soltero, luchando por la independencia de su tierra; Julio, que casó con la Srta. Angélica Pedro; Esperanza y Luis, que fallecieron en estado de soltería; *Petit*, que casó con el oficial de la Marina de Guerra española Manuel Fernández Bauzá, fallecido en Pensacola, y Alfonso, el menor de todos, que

contrajo matrimonio con la señorita Asunción Tejera.

Los esposos Angélica Pedro y Julio Forcade, tuvieron por hijos a Julio que casó con la señorita María Teresa Freyre y a Lila, que contrajo matrimonio con el señor Ricardo Morán.

María Julia, la segunda de las hijas del matrimonio Jorrín-Moliner, casó en primeras nupcias con el señor Guillermo Martínez Picard, y en segundas, con el señor Mariano de la Torre, Marqués de Santa Coloma, muriendo ambos en Madrid, España.

Alberto, casó con la señorita Dolores Ramírez de Arellano y Pedroso, teniendo una sola hija nombrada María Luisa, que contrajo matrimonio con el Dr. Enrique Porto y Vandrell.

Miguel, contrajo matrimonio con la señorita Eladia Fabián, teniendo por hijos a Miguel, que casó con la señorita Tessie Kent y Diago y a Julia, que se unió en matrimonio con el señor Enrique Culmell, subsecretario de Hacienda que fué durante el gobierno del Dr. Alfredo Zayas y que falleció hace poco más de un año en los Estados Unidos.

Y Gonzalo, el quinto y último de los hijos del matrimonio Jorrín-Moliner, que casó con la señorita Catalina de Varona y González del Valle, teniendo por hijo a Gonzalo, que contrajo nupcias con la señorita Amparo Polo y Fernández, muriendo él de manera trágica hace pocos años.

Después de la familia Jorrín, instalaron en aquella casa una escuela pública de primera enseñanza, que estuvo funcionando hasta que el inmueble pasó a ser de la propiedad de la "Cooperativa de Omnibus Aliados", que realiza allí actualmente importantes obras de ampliación, que se orientan a darle al edificio un carácter moderno. Error grande, porque esta residencia de bellas líneas coloniales y de acertada proporciones, constituía, con otras casas de aquella barriada que afortunadamente aún conservan su estructura original, una de las residencias del Cerro que constituyen el mejor exponente de la cultura, riqueza y buen gusto de los cubanos de mediados del siglo XIX.

#### *Su distribución*

Estudiando la planta de este edificio, se advierte que fué hábilmente desarrollada por el

arquitecto que la proyectó, pues todas las piezas reciben luz y ventilación directas, por estar dotadas de ventanas y puertas al exterior, teniendo en la parte del patio principal, una amplia galería de persianas, que alcanza a todas las habitaciones. El puntal del edificio es bastante elevado y está de acuerdo con el modo de construir de la época en que fué edificado.

Tiene en su frente principal, un portal amplio que se extiende por toda la fachada, entrándose por él directamente a la Sala principal de esa residencia, que es de gran amplitud. En ambos extremos de esa sala, existen dos salones bastante amplios, estando el de la derecha situado junto a la puerta cochera, que daba entrada a las volantas y que estaba dotada de locales apropiados para alojar a los caleseros, teniendo vitrinas para conservar las indumentarias de éstos y cuanto se relacionaba con los arneses de las bestias que tiraban de los carruajes.

En el lado derecho del edificio y a continuación de la cochera, existían cinco habitaciones espaciosas y un local también de gran amplitud, donde se encontraba el local de la cocina, que tenía al centro el fogón que era muy grande y de forma elíptica. Entre lo que era la tercera y cuarta línea del edificio, existía una galería abierta, que formaba en su lado derecho un ángulo recto, para extenderse frente a esas cinco habitaciones, para alumbrarlas y ventilarlas debidamente.

El patio principal o de honor, se extendía por todo el frente de esta amplia galería, existiendo en el mismo, infinidad de rosales, jazmines y otras valiosas plantas decorativas y de sombra, con una artística fuente de agua corriente, donde se veían infinidad de pecesitos de variados colores, bellas estatuas de mármol y bancos del mismo material.

De la galería se bajaba al patio por una serie de amplias escalinatas de mármol, para salvar el desnivel de más de un metro entre la galería y el patio.

Después de este jardín, había un traspatio de gran extensión, que llegaba hasta la calle de Santa Catalina, que corre por el fondo de este edificio, donde existía una arboleda de frutales, tan copiosa, que tenía casi aspecto de bosque. Esta arboleda la atravesaba un brazo de la Zanja Real y existían allí dos puentes decorativos de piedra que tenían arcos de moderada luz. La Zanja te-

nía sus costados reforzados con piedras a manera de canal, seguramente, para evitar que las ligeras crecidas originadas por las lluvias, dejaran en los remansos charcos de agua productores de mosquitos, y también, posiblemente, para evitar que las aguas invadieran el patio.

En los meses de nuestro verano, se bañaban allí las jóvenes de la familia, no en promiscuidad con los varones, ni tampoco, seguramente, con los trajes que usan algunas jóvenes de la época presente, pues las costumbres de entonces, absolutamente diferentes a las de hoy, no permitían que ninguna mujer exhibiera públicamente la exuberancia de sus formas, ni los encantos de una piel de seda, ni otras cosas más, que no tengo necesidad de decir, porque cuantos me lean saben a lo que me refiero.

Los niños menores de doce años, no les era permitido bañarse en esa zanja, porque sus padres temían que la corriente los llevase. En cambio, los muchachos de esa edad de la época presente, son capaces de llevarse ellos la corriente y hasta la misma zanja.

Como en todas las casas de la época, el servicio sanitario se encontraba después de la cocina, y consistía en un pozo negro, hediondo y anti-higiénico. Era una caseta, como de uno y medio metro cuadrado de superficie, de poco puntal y sin reventilación al exterior. Las personas mayores tomaban sus baños de aseo utilizando grandes latones, pues como entonces no se conocían las bañaderas, la casa carecía de ellas.

Nosotros debemos a los norteamericanos el admirable adelanto sanitario de que disfrutamos actualmente, pues cuando la Primera Intervención que capitaneó el General Wood, las autoridades sanitarias que le acompañaron dedicaron sus mejores esfuerzos al saneamiento de la Isla, principalmente de la Habana. Ellos nos construyeron el alcantarillado, sanearon el litoral de

San Lázaro, iniciando la construcción del muro del Malecón, combatieron el mosquito poniendo en práctica el grandioso descubrimiento de nuestro Finlay, y nos hicieron conocer para lo que sirven la bañadera, el lavamanos, el inodoro, el bidet, el fregadero, y el vertedero de agua corriente. Todas estas cosas y algunas más de carácter sanitario, la debemos a los norteamericanos, de quienes aprendimos a bañarnos con agua corriente, mejorando los cubanos la práctica de limpieza de aquel pueblo, pues en la época presente, resulta muy difícil encontrar una casa cubana, por modesta que sea, que no posea su bidet, en tanto que esta pieza de baño no tiene en norteamérica el uso que ha logrado entre nosotros. El cubano, disfruta en el mundo de cierta fama de persona aseada y limpia, y esta fama, lo debe a su hábito de tomar diariamente su baño de aseo, no sólo cuando vive en su país, sino también cuando viaja por el resto de la América o por Europa.

Volviendo a la gran casona, que se conoce actualmente por la de Gonzalo Jorrín, diremos que toda ella tiene sus pisos de mármol blanco y negro, sus techos son todos de madera dura del país, pero embellecidos con cielos rasos lujosamente decorados.

Toda la carpintería del edificio es de cedro y los huecos que dan al portal y a la galería, están dotados de doble puertas, una de cristal y otra detrás, de madera, para protección de la familia.

La entrada al portal era por una escalinata de mármol de dos o tres pasos con sus guarderas.

El edificio en planta alta, tenía después de la tercera línea de fachada cuatro habitaciones dormitorios, todas con pisos de mármol y de gran amplitud.

En el costado izquierdo, tenía la casa un sótano donde se alojaba la servidumbre.

